

LA HORA

DEL JOSEPH  
HELLER

RECUERDO

La hora del recuerdo, una continuación de Trampa 22 en la que Yossarian, más viejo pero aún fuerte, desgrana sus recuerdos desde la decadente Nueva York de comienzos de la década de 1990.

# LA HORA DEL RECUERDO

Joseph Heller

# LIBRO PRIMERO

## 1

## SAMMY

Cuando la gente de nuestra edad habla de la guerra no se refiere a la de Vietnam, sino a la que hace más de medio siglo se extendió por todo el mundo. Antes de que nosotros participáramos hacía más de dos años que había comenzado. Cuando invadimos Normandía ya habían muerto más de veinte millones de rusos. En Stalingrado las cosas habían cambiado antes de que pisáramos el continente y la batalla de Gran Bretaña ya se había ganado. Sin embargo, antes de que todo finalizara fueron dados de baja un millón de americanos —trescientos mil de los nuestros perdieron la vida en el frente—. Unos veintitrés mil murieron en Pearl Harbor aquel día de infamia de hace casi medio siglo — más de veinticinco mil sufrieron graves heridas—; una cantidad de bajas mayor que en el total de la guerra, más que en el día D en Francia, exceptuando los enfrentamientos más largos y sangrientos en el Pacífico.

No es sorprendente que por fin participáramos.

Hace casi medio siglo, cuando leí en los titulares de los periódicos que la bomba atómica había explotado, se lo agradecí a Dios junto al resto del mundo occidental. Regresé a casa ileso, y como excombatiente disfruté de mejores condiciones que antes. Podía ir a la universidad. Y eso fue lo que hice, incluso di clases durante dos años en Pennsylvania. Después volví a Nueva York, donde encontré trabajo como redactor de textos publicitarios en el departamento de promoción de la revista *Time*.

Los periódicos de todo el país, no dentro de mucho, quizás unos diez años, reproducirán las fotografías de los excombatientes más veteranos que participen en los desfiles de las fiestas nacionales, que cada vez se organizan menos. Yo nunca he desfilado; creo que mi padre tampoco lo hizo. Hace mucho mucho tiempo, cuando todavía era un niño, el loco de Henry Kantowitz, un viejo portero de la misma generación de mi padre que trabaja en el edificio de enfrente, los días del Armisticio y de la Conmemoración de los Caídos, se ponía su antiguo uniforme de la primera guerra mundial, incluso solía ponerse las raídas polainas de la Gran Guerra, y se pasaba el día recorriendo una y otra vez el trayecto comprendido entre las vías del tranvía de Norton Point, en la avenida Railroad, hasta la tienda de caramelos y el bar de la esquina de la avenida Surf más próxima al mar. Entre evidentes muestras de orgullo, el viejo Henry Kantowitz —al igual que mi padre en aquella época, Henry tendría poco más de cuarenta años— daba órdenes militares hasta quedarse afónico a las mujeres que regresaban, cansadas, arrastrando los pies, cargadas con las bolsas de papel marrón del colmado o de la carnicería, a sus pequeños apartamentos, quienes apenas le hacían caso. También le ignoraban sus dos avergonzadas hijas pequeñas; la más joven era de mi edad, la otra un año mayor o poco más. Algunos decían que Henry estaba traumatizado por la guerra; pero no me parece que fuera cierto. Ni siquiera creo que conociéramos el verdadero significado de este estar traumatizado.

En nuestros edificios de ladrillo, de tres o cuatro plantas, no había ascensores; para los mayores y los viejos subir escaleras podía ser un infierno. En los sótanos estaba el carbón, que se repartía con un camión, desde el que se tiraba ruidosamente por un conducto metálico. También había una caldera y un portero que podía o no vivir en el edificio y a quien, por intimidación más que por respeto, llamábamos por el apellido con el título de «señor», pues era el vi-

gilante del dueño al que casi todos temíamos, al igual que a algunos de nosotros aún nos sucede. A sólo una milla estaba el conocido parque de atracciones de Coney Island, con sus cientos de miles de llamativas bombillas, con sus atracciones y puestos de comida. Luna Park era una enorme y famosa atracción, como el parque de carreras de obstáculos («carreras de obstáculos: el lugar divertido») del señor George C. Tilyou, fallecido hacía mucho tiempo, y del que nadie sabía gran cosa. En las fachadas del parque de carreras de obstáculos destacaba ese inolvidable anagrama, un dibujo de cómic muy chillón que representaba el rostro gordo, rosa y grotesco de un hombre sutilmente idiota, encendido de hilaridad satánica, que mostraba, en un plano muy poco artístico, una boca increíble, cuya anchura era como la de una manzana de la ciudad, que contenía una cantidad sorprendente de inmensos dientes. Muchos de los empleados, uniformados con americanas rojas y gorras de *jockey* verdes, olían a *whisky*. Tilyou había vivido en la avenida Surf, donde tenía una casa privada, con una gran estructura de madera y una pasarela que llegaba desde la escalinata de piedra que descendía hasta el borde de la acera, donde parecía hundirse, hasta su porche. Cuando fui lo suficientemente mayor para ir caminando solo hasta la biblioteca, la estación de metro, o el cine matinal del sábado, su nombre, que había sido puesto en el cemento, concretamente en la parte vertical del escalón inferior, estaba torcido, arrugado y hundido en el suelo. La instalación de farolas de aceite, con las consiguientes excavaciones en el pavimento para las tuberías y depósitos de combustible, era todo un acontecimiento para el vecindario, un evidente signo de progreso.

Dentro de veinte años, en las fotografías de los periódicos y en la televisión, mostraremos un aspecto bastante peor, algo extraño, como de personas en un mundo distinto, viejas y anquilosadas, calvas, y puede que algo idiotas, encogidas, con sonrisas desdentadas y mejillas arrugadas.

Mucha de la gente que he conocido, si aún no ha muerto, está muriéndose. Ya no somos tan guapos, llevamos gafas y nos hemos vuelto duros de oído, en ocasiones hablamos demasiado, nos repetimos, las cosas nos pueden, incluso los hematomas más insignificantes tardan en desaparecer y quedan marcados.

Y pronto ya no quedará nada de nosotros. Sólo documentos y recuerdos para otros, y las imágenes que puedan evocar. Algún día, uno de los niños —yo los adopté legalmente, con su consentimiento, por supuesto—, o uno de mis nietos puede que encuentre mis alas de artillero o mis medallas de las fuerzas aéreas, mis galones de sargento, o aquella instantánea tomada hace casi cincuenta años en la isla de Pianosa, en la costa occidental de Italia —el pequeño Sammy Singer, el mejor en ortografía de Coney Island y siempre de los primeros en aritmética, álgebra elemental y geometría—, en la que llevo la chaqueta de piloto y el chaleco salvavidas. Estamos sentados cerca de un avión, a primera hora de la mañana, sobre un pequeño montón de bombas de quinientos kilos sin explotar, y sonreímos a la cámara mientras esperamos la señal para iniciar la misión con el bombardero de aquel día; un capitán, lo recuerdo, nos observaba desde el fondo. Era un armenio nervioso e impulsivo, a veces un poco temible, incapaz de aprender a desenvolverse con naturalidad en el curso acelerado al que fue inesperadamente sometido en la base aérea de Columbia, en Carolina del Sur, donde un grupo de los nuestros se unió a uno de dotación temporal para entrenarnos y pilotar sobre el mar en una ficción de guerra. El piloto Appleby era un tejano sereno muy metódico y muy bueno, Dios lo bendiga, que desde el principio no se llevó bien con el armenio. Yo sentía cierta simpatía hacia Yossarian, que tenía sentido del humor y era divertido, un poco loco, como yo, un chico de ciudad que preferiría morir a dejar que lo mataran, tal y como me dijo cerca del final, bromeando, y que había tomado la decisión de vivir para siempre, o como mínimo



morir intentándolo. Yo lo entendía. Gracias a él aprendí a decir no. Cuando me ofrecieron otro galón de ascenso y otra estrella para mi Medalla del Aire, a cambio de que aceptara volar en diez misiones más, lo devolví todo y me mandaron a casa. Siempre me mantuve completamente al margen de los desacuerdos entre Yossarian y Appleby, supongo que porque era tímido, bajito, un simple recluta, y además judío. Por mi propia naturaleza me convenía estar siempre seguro del terreno que pisaba, sobre todo con gente nueva, antes de dar mi opinión, a pesar de que me consideraba igual que los demás, incluidos los oficiales y ese armenio que, bromeando como un loco, decía que en realidad era un asirio prácticamente extinguido. Comprobé que yo era el mejor lector de todos ellos, así como el que tenía mejor ortografía, además de ser lo suficientemente listo como para no hacer demasiado hincapié en ello.

Yossarian siempre se perdía en las misiones nocturnas de entrenamiento que realizábamos en Carolina del Sur y en Georgia. Eso se convirtió en un chiste. Por los demás reclutas que conocí en el cuartel y en el comedor supe que todos los bombarderos convertidos en navegantes también se perdían en las misiones nocturnas, y aquello se convirtió en otro chiste. El tercer oficial de nuestro destacamento era un tímido copiloto llamado Kraft, que había sido ascendido a piloto en el extranjero, pero que fue derribado por la artillería antiaérea en una misión sobre Ferrara, al norte de Italia, cuando su vuelo pasó por segunda vez sobre el puente y murió. Yossarian, el bombardero en cabeza que no había descargado la primera vez, recibió una medalla por pasar una segunda vez, comprobar que los otros habían fallado y que el puente seguía intacto. Durante aquellas misiones de entrenamiento en Carolina del Sur, Appleby encontraba el camino de regreso con su radiobrójula. Una noche oscura permanecimos perdidos y sin radiobrójula durante más de una hora. Había interferencias eléctricas debidas a las tormentas que se avecinaban, y aún hoy puedo oír claramente

la voz de Yossarian por el intercomunicador, diciendo: «Allá abajo veo la ribera de un río. Gira hacia la izquierda y crúzala, yo buscaré un mojón al otro lado».

La ribera de aquel río resultó ser la orilla del océano Atlántico: estábamos camino de África. Appleby perdió la paciencia una vez más y asumió el mando tras otra media hora, y cuando por fin descifró las señales de la radio para llevarnos de vuelta a nuestro campo, sólo quedaba combustible para ir desde la pista de aterrizaje hasta la base de nuestro avión. Los motores se apagaron antes de que pudiéramos quitar el contacto. Estábamos a punto de morir.

No acabé de comprender todo aquello hasta llegar a una edad madura, y cuando poco después contaba la anécdota no lo hacía para bromear.

En aquella fotografía estoy junto a un colega, Bill Knight, el artillero de torreta designado para aquel día, quien a pesar de ser sólo dos años mayor que yo, ya estaba casado y tenía un bebé al que, como mucho, había visto durante una semana; y también está Howard Snowden, un chaval delgaducho de mi edad originario de algún lugar de Alabama, un artillero y técnico de radio que moriría al cabo de un mes, lentamente, gimiendo de dolor y lloriqueando porque tenía frío, en una misión a Avignon. No teníamos más que veinte años. Howie Snowden fue el primer ser humano muerto que vi y el único al que le eché una mirada fuera del depósito de cadáveres. Mi esposa murió por la noche y ya se la habían llevado de la habitación cuando volví al hospital para concluir el papeleo y comenzar los preparativos del entierro. Salió de este mundo tal y como predijo el oncólogo. Hubo enfermedad pero poco dolor, y todos queremos pensar que sufrió poco porque era muy buena persona, al menos conmigo y con los niños, casi siempre alegre y de gran corazón. Sólo se enfadaba con su primer marido, y sólo a veces, porque con frecuencia él no disponía de dinero suficiente para la pensión de los niños, pero en cambio sí lo tenía para nuevas novias y hasta para casarse un par de

veces más. Tuve suerte con los muertos, dijo Lew justo después de la guerra, un amigo de la infancia que fue prisionero en Europa, donde vio cientos de muertos antes de volver a casa; muertos americanos y alemanes, y cientos de alemanes civiles en Dresden cuando lo mandaron de vuelta para ayudar a limpiar la ciudad después del bombardeo británico, del que me enteré por él y, en un principio, me resistí a creerlo. Fue un bombardeo que acabó con casi todos los ciudadanos, a excepción de los prisioneros de guerra y sus guardianes.

«¿Más de cien mil? Te has vuelto loco, Lew. Esa cantidad supera la de Hiroshima y la bomba atómica».

Lo consulté y admití que tenía razón.

Pero eso fue hace casi cincuenta años. No debe sorprendernos que nuestros hijos no estén muy interesados en la segunda guerra mundial. Entonces casi ninguno de ellos había nacido; de lo contrario, ahora tendrían alrededor de los cincuenta años.

Pero puede que algún día, en un futuro que me resulta difícil de determinar, uno de mis hijos o nietos encuentre, en una caja o un cajón, mis alas de artillero, la medalla de las fuerzas aéreas, los galones de sargento y la fotografía de la guerra, y quizás se sienta estimulado a reflexionar con intensidad acerca de los incidentes de naturaleza familiar que tuvieron lugar entre nosotros, o que jamás lo tuvieron, pero que deberían haberlo tenido. Igual que yo con la máscara antigás que mi padre trajo de la primera guerra mundial.

Me pregunto qué fue de ella. Cuando era pequeño me encantaba jugar con la máscara antigás, solía hacerlo en secreto, cuando mi padre estaba trabajando en la ciudad recortando telas en la fábrica de patrones de prendas infantiles. Yo también tengo su fotografía vestido de soldado. Después de leer, cuando aún estaba en la escuela elemental, una biografía del barón alemán Manfred von Richthofen, el as del cielo de la primera guerra mundial, por un

momento deseé ser mayor para hacerme piloto de guerra y poder luchar cada día contra él, en un único combate que tendría lugar sobre las trincheras de Francia, y donde siempre lograría derribarlo. Era mi héroe y soñaba con derribarlo. Poco después de la guerra, mi guerra, murió mi padre, dijeron que era cáncer. Le encantaban los puros. Los compraba en una pequeña tienda del vecindario, a la vuelta de la esquina de la avenida Surf, donde el feliz señor Levinson, sentado a la mesa de trabajo, con los cuchillos y las hojas del tabaco que marcaba y liaba a mano, sonreía mientras la señora Levinson, una tranquila mujer enana con cabello oscuro y pecas, vendía gorros de baño, tapones para los oídos, tubos de respiración bajo el agua, cubos, palas y demás accesorios para disfrutar de la arena de la playa que se encontraba justo a una manzana de distancia. No tenían hijos.

Todo el mundo trabajaba. De chico vendí periódicos durante un tiempo por las calles y los bares de la playa. En verano, nuestras hermanas vendían helados y refrescos en los puestos del paseo. Davey Goldsmith vendía salchichas. En la playa, los vendedores ilegales batallaban como espartanos, acarreando con sus brazos morenos cajas de hielo seco y repartiendo, por cinco centavos, todos los polos y helados que llevaban, antes de que pudieran ser detenidos por los policías que los perseguían por la arena, sorteando a los espectadores en bañador que deseaban con toda su alma que consiguieran huir. Yo conocía a muchos de estos veloces chicos que trabajaban con tanto peligro.

Desde nuestro apartamento podíamos oír el movimiento de las olas y la campana de la boya. A veces, a primera o última hora de la tarde, si había una gran tranquilidad, incluso podíamos percibir la indistinta y fantasmagórica música del tiovivo más cercano, del exótico Calíope del enorme carrusel del paseo, con su rueda de corceles giratorios dorados, con el color de los caramelos y las tiras pintadas de negro brillante y llamativos azules y rosas de los otros dul-

ces, como los muñecos de caramelo, los regalices y los otros azúcares. ¿De dónde venían aquellos maravillosos caballos giratorios? ¿Había una fábrica que hacía caballos para los carruseles en algún lugar cercano? ¿Era un negocio de mucho dinero? En media milla a la redonda nadie era rico.

## 2

## EL PEQUEÑO BASTARDO

El nuevo presidente tomaba legalmente el poder tras la renuncia de su predecesor y en un fastidio de cansancio espiritual resultante de la necesidad de explicar continuamente por qué se le había ocurrido elegir a una persona como aquel vicepresidente para presentarse a las elecciones.

—¿Por qué lo elegiste? —se sintió obligado a preguntarle su más íntimo amigo, el secretario de Estado—. Al menos dímelo a mí. Tu secreto está en buenas manos.

—¡No existe ningún secreto! —respondió en su defensa el jefe de la nación—. No hubo nada clandestino, ninguna razón oculta. Me limité a ejercer mi mejor juicio. Te doy mi palabra, no hay ningún propósito delictivo.

—Eso es lo peor.

## 3

## EL SEÑOR YOSSARIAN

A mediados de la segunda semana en el hospital, Yossarian soñó con su madre, y entonces supo de nuevo que iba a morir. Los médicos se disgustaron cuando les dio la noticia.

—No encontramos nada malo —le dijeron.

—Seguid buscando —ordenó.

—Tu salud es perfecta.

—Esperad —aconsejó.

Después de haber abandonado el hospital una vez más, presa de una neurótica mezcla de confusos síntomas físicos a los que, desde que se encontró viviendo solo por segunda vez en la vida, era cada vez más susceptible, y que parecían desaparecerle uno a uno como el vapor, en cuanto se los describía a los médicos o se le hacían pruebas, Yossarian había vuelto otra vez. Apenas hacía unos meses había hallado un remedio para su incurable ciática; sencillamente llamando por teléfono a uno de sus médicos para quejarse de su incurable caso de ciática. No lograba aprender a vivir solo, ni siquiera sabía hacer una cama y prefería morirse de hambre antes que cocinar.

En esta ocasión había reingresado con gran urgencia a causa de una enfermiza visión procedente, según él, de otra visión enfermiza distinta, poco después de saber que el presidente, que no le caía bien, iba a dimitir, y que el vicepresidente, que aún le caía peor, lo sucedería en el cargo con toda seguridad, y poco después de descubrir que Milo Minderbinder, con el que había estado inevitable e ineludi-